

No soy nada, nada... tan solo un contorno tenuemente iluminado en esta mañana, en este estrecho corredor entre las piscinas y la fachada acristalada de la instalación, el enésimo reflejo de una vida concluida hace muchos años, la copia vergonzosa de una frase ya pronunciada. Sentí una corriente de aire frío que se colaba por las juntas de los cristales en los que, pegadas a intervalos regulares, planeaban unas siluetas con forma de pájaro. En la cabina acristalada que había en el extremo opuesto del amplio recinto, entre los accesos al vestuario de señoras y al de caballeros, estaba sentado el socorrista, gordo y vestido de blanco, como siempre. Su cara de satisfacción me hacía pensar en un pastelero que, una vez concluida su jornada y todavía en ropa de trabajo, se dedicaba a dar vueltas por la piscina sin hacer nada. Estaba totalmente entregado a su transistor. No fui capaz de oír qué tipo de música había elegido. Me dirigí, en bañador negro, descalza y mojada, a la piscina de veinticinco metros, en donde me coloqué justo al borde para tirarme de cabeza.

Un minuto antes mi hermana se había despedido de mí. Había aparecido sin más; yo estaba a punto de meterme en el agua, cuando la vi venir del vestuario; me quedé mirando el reflejo de su cuerpo en la fachada acristalada de la piscina, blanco, casi azulado, seguramente debido a las luces de neón que colgaban del techo. Había venido directamente hacia mí

y me había dicho hola mientras yo me apartaba a un lado para escapar a su abrazo, un movimiento defensivo que casi la hace resbalar sobre los baldosines mojados, sus manos, al menos, intentaron agarrarse al vacío. Se tambaleó, pero solo un instante, enseguida recobró el equilibrio, porque es flexible, mi preciosa hermana, no es tan fácil que quede desparrada en el suelo delante de alguien.

El socorrista miró hacia donde estábamos, creyendo quizá, aunque sin estar muy seguro al mismo tiempo, que podía haber sido yo quien la hubiera empujado, yo le hice una mueca y él giró la cabeza rápidamente hacia la piscina que había a nuestra izquierda, todavía intacta, una superficie azul y completamente lisa; yo seguí su mirada y en ese momento hubiera dado cualquier cosa con tal de zambullirme en esa superficie, de cabeza, tratando de alterarla lo menos posible, para hacer mis largos, uno tras otro, hasta que mi cabeza se desconectara automáticamente. Inés señaló hacia el jacuzzi, entrechocaba los dientes ostensiblemente, claro, ahí era adonde se dirigía, siempre había sido muy friolera mi preciosa hermana mayor. Las gotas de agua centelleaban sobre su piel, el pelo mojado parecía más oscuro, casi castaño. Piernas largas, cintura de reloj de arena. ¿Qué haces aquí?, pregunté, y ella se encogió de hombros. Te buscaba. Miré hacia la cabina acristalada y pensé que en algún lugar del mundo, seguramente, habría un pastelero que nada más verle me haría pensar en un socorrista. Afuera, detrás de la fachada de cristal, la instalación exterior yacía envuelta en la oscuridad invernal. Desahuciada e inútil en esta época del año: las piscinas vacías, las extensiones de hierba, que disponían de estos meses para recuperarse, arrasadas, y apiladas, una encima de otra, unas figuras cubiertas con lonas y ceñidas con unas cadenas, esculturas de sillas que, solitarias, se erguían junto a los árboles. Yo sabía que todo esto existía ahí fuera, pero era incapaz de distinguir nada: todavía había que esperar, como poco, una hora hasta que empezara a clarear. Había empezado a llover otra vez, las gotas de lluvia, arrastradas por el viento,

golpeaban contra el cristal y resbalaban sobre la superficie, un descenso persistente y continuo... Hacía días que llovía, los días empezaban tarde y terminaban pronto, afuera hacía un frío invernal, mi vida consistía en moverme de un lugar climatizado al siguiente. Piscina, redacción, biblioteca. Por las noches, cuando no podía dormir, abría alguna de las cajas de la mudanza. No le había contado a Inés que me había ido de Roma, que había regresado a Frankfurt. Por motivos que prefiero reservarme solo para mí no había visto ni sabido nada de mi hermana durante años, había sido fácil estando en el extranjero, yo lo prefería así, me había ido bien.

Habían pasado cuatro nadadores a nuestro lado, sus entrenadas pantorrillas al alcance de la mano, me había quedado mirando al primero, con un salto impecable se había tirado de cabeza al agua y allí se había entregado a un movimiento cadencioso y uniforme. Los otros le habían seguido, nadaban en línea recta, daban la vuelta al llegar al final de la calle, brazadas acompasadas, era bello verles, digno de emular, dentro de poco nadaría como ellos, enseguida, en cuanto Inés se fuera, ya podía sentir el agua clara y fría sobre la piel. Mientras tanto hice tijeretas con las piernas, cortas y rápidas, elevando ligeramente la pelvis, una especie de gimnasia exenta del peso de la gravedad. Inés me explicó cómo me había encontrado. Había leído un reportaje mío en una revista de aquí, y como trataba de un tema regional había pensado que a lo mejor volvía a vivir en Frankfurt. En información le dieron mi dirección, pero luego le pareció más divertido, o así lo dijo, intentar encontrarme una mañana, muy temprano, en la piscina más próxima a mi casa. Te pareció más divertido, pregunté, pero en vez de contestarme tuvo que recalcar, sigues con los mismos hábitos de siempre, ¿verdad? Sí, dije, hábitos. Desconecté mentalmente. Hice un repaso a mis nuevos compañeros de trabajo. Uno de ellos, atractivo, por cierto, solo llevaba trajes de Armani, los demás siempre vaqueros y jersey.

Por qué vuelves, te aburríste de Roma, quiso saber Inés, y por el tono en el que hizo la pregunta, parecía que lo había preguntado un momento antes y que había estado esperando, inútilmente, una reacción por mi parte. Ya ves, dije ras-cándome la clavícula con la mano, no, los periódicos alema-nes ya no compraban tantos reportajes. Hay muy pocos corresponsales que trabajen para varios periódicos al mismo tiempo, añadí, y la oferta que me habían hecho aquí era buena. Mientras charlábamos, noté que mi hermana tenía gotas de sudor en la frente, yo tampoco me sentía muy bien metida en ese caldo caliente, quizá por eso nuestra conver-sación era cada vez más banal; estuvimos hablando de los pros y los contras que tenía Frankfurt con respecto a Roma, una comparación en la que, quién lo hubiera imaginado, Frankfurt salía perdiendo. Me quedé mirando las pegatinas en forma de alas negras repartidas generosamente por los cristales que evitaban que los pájaros chocaran contra la fa-chada de la piscina. Su diseño era extraño, no tenían la for-ma con la que se solía comercializar ese tipo de pegatinas, pensé, no, más bien parecían hechas a mano, esos pájaros negros de fantasía, grandes y excéntricos; enseguida mis sos-pechas recayeron sobre el socorrista. Entretanto Inés se ha-bía quedado callada y yo no hice nada por reanudar la con-versación. Ella todavía hizo algún que otro comentario sobre su vida, y un cuarto de hora después se despidió de mí, dejándome de mal humor. La miré mientras salía del agua, su caro bañador de diseño pegado al cuerpo, negro y húmedo como el mundo que nos esperaba afuera, un mun-do del que solamente nos separaba un fino cristal, y pensé, no soy nada, solo soy una fina silueta en el corredor que se-para el jacuzzi y esa enorme piscina alicatada. Entonces, por fin, me puse a nadar.

Estaba sentada en el vestíbulo de entrada de la piscina, en una de las sillas de plástico, ligeramente encogida y con una bolsa de deporte roja y azul sobre el regazo. Tenía roncho-nes en la cara sin maquillar, lágrimas en los ojos, era la cara

con la que siempre conseguía lo que quería, conocía demasiado bien esa expresión: su cara de hagamos un trato. Apenas oí lo que dijo, pero entendí lo que quería, porque seguí el movimiento de sus labios casi azulados. Le dolía la cabeza y quería que alguien la invitara a un café. Claro, dije, esforzándome por corresponder su chantaje con una sonrisa irresistible, aunque no sé si lo conseguí, porque por dentro estaba a punto de estallar: qué poco cambian las cosas, pensé, mi preciosa hermana sigue operando con los viejos trucos de siempre. Sí, durante toda su vida se había aprovechado de su debilidad física para conseguir lo que quería, de niña solía sangrar por la nariz cuando las cosas no iban como ella quería, preferiblemente durante la cena, cuando papá también se encontraba entre el público, hacía como que no se daba cuenta de que delante de sus narices unas gotas oscuras de sangre caían sobre el pan blanco, pero papá, siempre pendiente de su preferida, gruñía consternado y se apresuraba a traer un trapo mojado en agua helada para apretarlo contra su nuca, luego, cuando dejaba de sangrar, retorció dos trocitos de pañuelo de papel a modo de pequeños taponos, y se los metía por los agujeros de la nariz. Mi elefante, decía él cariñosamente, y al elefante lo sentaban en el sillón verde delante del televisor y podía elegir qué película veríamos esa noche después de las noticias. Mientras tanto, en la mesa desierta, yo me llenaba la boca compulsivamente con los restos que habían quedado de la cena, los de los cuatro platos, solamente dejaba el trozo de pan que Inés había mordido y en el que siempre creía descubrir una gota de sangre.

Afuera había dejado de llover; el aire tenía esa frescura clara y nítida que a uno le gustaría guardar en uno de esos frasquitos de fragancias para luego aromatizar la casa, pero en el tranvía, que se puso en marcha con un traqueteo oscilatorio, el ambiente era desagradablemente húmedo. Tanto a la izquierda como a la derecha, el camino quedaba bloqueado por los paraguas que aún exudaban gotas de lluvia.

Dejé a Inés pasar primero. Nada más entrar, tropezó con una mujer que había colocado a su lado un cochecito de bebé marrón muy sucio, tenga cuidado, despotricó la mujer y mi hermana, agachando la cabeza, desapareció rápidamente entre el resto de los pasajeros, durante uno o dos minutos bien largos la perdí de vista en la masa anónima, pero enseguida la volví a encontrar sentada a la ventana en un grupo de cuatro asientos, mirando en el sentido de la marcha y con la bolsa de deporte sobre el regazo. El asiento que quedaba junto a ella estaba libre, pero justo en el de enfrente había un hombre con cara de ave rapaz. La forma que tenía de sonreír, inteligente, perspicaz e impertinente, no me gustaba nada y no quise sentarme ahí. Le hice una señal a Inés y me puse en el espacio que quedaba libre al lado de las puertas, desde donde la observé durante varias estaciones: mi hermana, allí sentada, envuelta en su parka de color verde aceituna y con las manos embutidas en los bolsillos, parecía helada y, en ese entorno, daba la sensación de ser mucho más pequeña, otra de las muchas pálidas criaturas en movimiento que seguía su insignificante recorrido a través de la gran ciudad. Mientras le indicaba que habíamos llegado, era en Textorstraße donde teníamos que bajarnos, me pregunté qué podía querer de mí. Pasamos por delante de una anciana que, con unas bolsas de plástico repletas y desgarradas por los lados, se había instalado en la caseta de la parada, y que al vernos nos saludó tímidamente con una inclinación de cabeza. Enfundada en su chaqueta de piel marrón grisácea cerrada hasta el cuello, con sus espantados ojos de botón y el vello femenino cubriéndole la barbilla, me recordaba a un conejo viejo y cansado.

En el pasillo parpadeaba la luz del contestador. Hoy era sábado y ni siquiera habían dado las diez de la mañana, sin duda, una hora absurda para recibir una llamada el fin de semana, por eso supe enseguida que estaba dirigida a la americana que había vivido aquí antes que yo, le indiqué a Inés que echara un vistazo a la casa tranquilamente mientras

escuchaba el mensaje que habían dejado, y di a la tecla del play impaciente por saber lo que decían. Un tal Frances, que yo ya conocía de una docena de mensajes, le pedía que esta vez, por favor, le devolviera la llamada. Suplicaba: Susan, *please. Darling*: presté mucha atención en oír cómo lo decía, quería determinar en qué grado de desesperación se encontraba esa voz ligeramente nasal, constaté un nuevo aumento y decidí que la historia entre ambos no iba a terminar nada bien. De otra asidua del contestador, una mujer que parecía ser muy buena amiga de Susan, sabía que estaban pasando una mala racha: tenían problemas muy serios. Esa mujer, entretanto, había dejado de llamar, seguramente ya tenía el nuevo número de Susan. Me quité el abrigo y rebobiné la agradable voz de Susan: *here is Frankfurt 615673, please leave a message*; me gustaba la voz y no quería cambiar el mensaje. ¿Te apetece tomar un café, Inés?, grité de camino al cuarto de estar, y ahí me la encontré en medio de la habitación, completamente inmóvil. Con las manos metidas en los bolsillos de su sudadera con capucha color verde rana, y la mata de pelo, las puntas todavía mojadas, recogida en una coleta, miraba abstraída la puerta acristalada del balcón, y fueron esa inmovilidad y la humedad que emanaba toda su persona las que me empujaron a actuar con resolución, así que pasando a su lado con aire marcial, corrí la puerta de cristal y salí, y como siempre mi mirada se dirigió automáticamente a un lugar concreto del suelo de piedra del balcón. Iluminada por la claridad que procedía del cuarto de estar, se podía ver claramente una mancha pequeña y oscura. Allí, cuando me mudé a esta casa, había estado el cadáver del gorrion, las alas extendidas, la cabeza retorcida. Aunque todo indicaba que había chocado contra el cristal, parecía estrangulado: en vez de tener el aspecto de una víctima de accidente, parecía la víctima de un asesinato. Me puse unos guantes de goma amarillo chillón y lo metí en una bolsa de basura que enseguida llevé al patio. Enterré al pájaro en el contenedor de papel, encima de unos periódicos que informaban de otros accidentes y, a modo de pequeña ofrenda

mortuoria, los guantes amarillos fueron detrás. En ese instante, una vez más, volví a acordarme de que ya me había propuesto en más de una ocasión comprar un par de esas pegatinas con forma de pájaro que acababa de ver en la piscina: siempre lo olvidaba. Un golpe de viento frío me abofeteó. En el patio, una bolsa de plástico danzaba: ascendía y caía, giraba y giraba como si unos hilos invisibles tiraran de ella. Me subí, todavía un poco más, el cuello del jersey.

Inés, que evidentemente no había reparado en la mancha de sangre (era demasiado pequeña como para reparar en ella), se puso a mi lado, y al final terminamos las dos apoyadas en la barandilla mirando el patio, contemplando en silencio durante unos minutos los cuatro contenedores de basura y una fila de tomateras marchitas. Poco después Inés empezó a mecerse lentamente hacia delante y hacia atrás: se rodeaba con los brazos la parte superior del cuerpo y tenía los labios lívidos de frío. A veces, dije, dos chicos del vecindario gamberrean por aquí, sus juegos, cuando menos, son dignos de atención: se torturan, se... me callé, había oído algo, un ruido muy leve pero insistente, el castañeteo de los dientes de Inés, y aunque, únicamente por cortesía, seguramente habría sido capaz de entregarse todavía un buen rato a la contemplación de ese panorama triste y desolado, le pedí que entrara. Mientras ella se sentaba, frotándose las manos, en la silla de la cocina, cogí de la estantería el paquete de café en grano, pero entonces me acordé de que todavía no me había ocupado de nuestra ropa mojada. ¿Quieres que también ponga tu bañador a secar?, pregunté. Enseguida me tendió una especie de trapo mojado que yo cogí con la punta de los dedos. Poco después, negras como espíritus, inertes y rígidas de frío, las prendas mojadas colgaban de la calefacción del baño una junto a la otra, y nosotras, prácticamente igual de exánimes, nos habíamos sentado a la mesa con nuestras tazas humeantes. Al preparar el café, me había esforzado por meter el mayor ruido posible e Inés se esforzó por darme conversación; me estuvo hablan-

do de su nuevo novio y también me dijo que últimamente trabajaba poco y muy mal. Yo, mientras tanto, había puesto sobre la mesa las tazas grandes y un plato con galletas, y también había encendido la radio. Con este frío y a mediados de enero, otra vez el vals de primavera. Ya mientras ponía la mesa, Inés se había quedado callada mirando la mesa fijamente. De nuevo no sabíamos qué decirnos. Como al flirtear: cada cual espera a que el otro dé el primer paso y el más mínimo titubeo se toma como una negativa a bailar juntos. A mí me parecía que era ella la que tenía que poner un poco más de su parte, después de todo era ella la que había querido venir, y empecé de nuevo, aunque esta vez con rabia contenida en la voz, a hablar con entusiasmo de Roma. Inés se quedó en casa unos veinte minutos más y, durante ese tiempo, fue dos veces al baño. La última, trajo consigo su bañador, todavía mojado, mientras hablaba en voz muy baja por su móvil, la oí darle a alguien mi dirección con mucha fluidez. Mientras hablaba por teléfono le traje su parka, un gesto que al parecer no interpretó como únicamente práctico: se lo vi en la cara, estaba ofendida. Me sentí obligada a arreglar la situación lo antes posible, diciendo lo bonita que me parecía su parka.

Yo no había contado con que acto seguido se empeñaría en regalármela. Que sí, decía ella, ni hablar, decía yo, y en plena discusión, llamaron a la puerta. El hombre se presentó y me dio la mano, casi tan morena como la mía, quizá también había estado en el sur hacía poco. Tuve que echar la cabeza hacia atrás, encoger el cuello, tan alto era, llevaba unas gafas transparentes sobre su gran nariz y los ojos detrás de los cristales brillaban entre verdes y azules. A pesar de ser el novio de Inés, me gustó. Podía decirle a Inés que era guapo, pensé, a ver qué pasaba. Como Inés no aparecía, le dije a Kai que había dejado a Inés sentada en la cocina, y este, sin pensarlo dos veces, pasó a mi lado a buen paso y se apresuró en la dirección correcta. Yo corrí detrás de él. ¿Cómo sabe adónde tiene que ir?, pregunté. Él contestó que

la distribución de todas las viviendas antiguas de mi calle era la misma, y que un amigo suyo había estado viviendo durante un tiempo en una de ellas. Había una ligera crítica en su voz, como si su amigo y yo, cada uno por nuestra cuenta, fuéramos algo así como unas almas en pena que vagaban en un mundo trazado de la misma manera, del que, como habitantes de esas cuatro paredes, habíamos perdido cualquier atisbo de perspectiva. En la cocina, Inés, que había terminado por desmoronarse sobre sí misma, saludó a su novio con poco entusiasmo, con un débil, apenas musitado y monosilábico ya-estás-aquí, al que Kai respondió queriendo saber enseguida si ya habíamos hablado. ¿Hablar? ¿De qué?, pregunté, y por fin apagué la maldita radio. No obtuve ninguna respuesta. Kai miraba fijamente a una Inés inmóvil y absorta en su taza de café, su mirada taladraba la mancha de agua que la punta de la cola de caballo de su novia, todavía mojada, dibujaba en la espalda de su sudadera. Mi hermana, más que estar sentada en una silla, parecía que colgaba de ella. Hasta ahora nunca me había dado cuenta de lo pasivo que podía llegar a ser el acto de estar sentado. Por favor, vayámonos, dijo de repente, cogió su parka y dejó la bolsa de deporte para que Kai se hiciera cargo de ella. Lenta y pesadamente, con los ojos entrecerrados, observé desde la ventana cómo se dirigían a un Mercedes de color azul oscuro y pasado de moda aparcado al otro lado de la calle, uno de esos coches que les gusta conducir a la gente que trabajaba en publicidad y a los artistas, era muy probable que Kai también fuera pintor. Su brazo no rodeaba los hombros de mi hermana, tampoco iban de la mano. Y fue entonces cuando me di cuenta de que Inés iba sin abrigo. Siguiendo un presentimiento, fui hasta la puerta de la casa y la abrí, a mis pies estaba cuidadosamente doblada la parka de color verde oliva. La cogí y me la puse. Me quedaba perfecta. Estuve paseándome un rato por la casa con la parka puesta, pero entonces me entró calor y salí al balcón. Los dos mocosos habían aparecido, esta vez el más pequeño de los dos llevaba un sombrero de cowboy y el ma-

yor, unas plumas de indio. El indio ató al cowboy al contenedor de basura tan concienzudamente, que cada vez que el pequeño trataba de zafarse de sus ligaduras, el contenedor entero se movía con él y este, agotado por el esfuerzo, desistía rápidamente. El mayor le golpeó con un palo en la tibia, una y otra vez, solo en la tibia. El contenedor se sacudía a menudo. Yo miraba hacia abajo impasible. La primera vez que los vi quedé horrorizada, parad, por todos los santos, parad, mi grito histérico retumbó en el patio y ellos simplemente se echaron a reír a carcajadas y me sacaron su lengua de color rosa.

Por la noche me sentía intranquila, daba vueltas y más vueltas por la casa. Acababa de abrir sin ganas una de las cajas de la mudanza llena de papeles: cartas viejas, postales, tonterías que a uno en algún momento le parecen importantes, y que luego arrastra consigo a todas partes sin volver a ocuparse nunca más de ellas... Cuando sonó el teléfono, la voz de Susan dio vida al apartamento, me quedé escuchando desde donde estaba sentada en el suelo de parquet, con las piernas cruzadas, nadie dejó un mensaje, solo se oía un pitido uniforme y constante. Tampoco me importó, acababa de encontrar una lata que si en algún momento había estado llena de galletas de mantequilla danesas, ahora lo estaba de fotos, y esa lata acaparaba toda mi atención. Con ambas manos cogí un buen montón y las fui pasando bastante rápido entre mis dedos sin pensar en nada concreto, como si una secuencia animada de mi vida se desarrollara ante mis ojos. Las de arriba eran fotos de Roma, las de abajo, más antiguas. Elegí dos de estas últimas al azar, como si en vez de fotos fueran billetes de lotería, eran imágenes de infancia: Inés y yo en la playa. En la primera foto estamos la una junto a la otra y nos reímos; las dos llevamos flequillo y un sombrero para el sol de cuadros, y yo, cuatro años más joven que mi hermana, sostengo un cubo y una pala de plástico entre mis manos. La nariz la tenemos quemada por el sol, nuestra cabellera rubia, descolorida, parece casi blanca sa-

liendo por debajo de los sombreros. Inés, descalza, yo con unas de esas sandalias de goma que no te quitas para meter-te en el agua. En la segunda foto se nos ve jugando: de Inés, solo asoma la cabeza fuera de la arena; yo estoy excavando en la arena con la pala; Inés prorrumpe en una retahíla de grititos de placer. Miré a la regocijante Inés y a mi joven yo, concentrado en su pala y esforzándose demasiado, como siempre. Con las fotos en la mano, casi aterida del frío porque no había encendido la calefacción, recordaba. Le encantaba ese juego y siempre me demostró que confiaba plenamente en mí, nunca se le ocurrió pensar que podría enterrar su cabeza. Le gustaba sentir el contacto de la arena caliente sobre su cuerpo, incluso se la frotaba con la mano por la tripa y los muslos. Yo por mi parte nunca dejé que me enterraran, por pánico, por desconfianza, vete tú a saber por qué. Quizá, simplemente, me daba demasiado calor. Me quedé mirando la foto fijamente. El sol, la sequedad, la arena escuiriéndose, blanca y harinosa. En la parte de atrás ponía: Oostende, verano tal y tal. La época en la que aprendí a nadar, siempre me gustó nadar, desde el primer momento. Pasé un dedo por la superficie de la foto despacio, muy despacio, cerré los ojos, cada vez había más luz, más y más luz, yo estoy tumbada sobre una toalla, no, estoy de pie al lado del mar mirando hacia el horizonte, pero a otra altura, miro con los ojos de una niña. Mis ojos parpadean perdidos en el horizonte, muevo las piernas, el agua salpica, el crujido de la arena que se escurre por los orificios de las sandalias de goma, voy a lanzarme al agua en cualquier momento. No llevo puesta la parte de arriba del bikini porque todavía no tengo pecho. Inés tampoco tenía, pero ella sí que la llevaba, como si, mientras tomaba el sol, le pudiera crecer de repente, sin previo aviso, siempre fue optimista mi preciosa hermana mayor. Cuando el teléfono volvió a sonar en el pasillo me sobresalté como si me hubieran sorprendido haciendo algo malo, volví a dejar la lata en la caja de la mudanza y corrí a cogerlo.